

África, oh África

Louise Robinson Chapman

Editado por
Chuck y Doris Gailey

2018-19 MNI
RECURSOS EDUCATIVOS SOBRE MISIONES

LIBROS

ÁFRICA, OH ÁFRICA

Louise Robinson Chapman

Editado por Chuck y Doris Gailey

DONDE TE PUEDE LLEVAR UN “SÍ”

Ramón Sierra y Juan Vásquez Pla

África, oh África

Louise Robinson Chapman

Editado por
Chuck y Doris Gailey



Copyright © 2018
Nazarene Publishing House

ISBN 978-1-56344-892-8

Todos los derechos están reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio--por ejemplo, electrónica, fotocopia o grabación--sin el previo consentimiento por escrito del editor. La única excepción son citas breves en revistas impresas.

Diseño de la portada: Darryl Bennett
Diseño del resto del libro: Darryl Bennett

Créditos de las imágenes:
Foto de la portada: Shutterstock

Índice

Prólogo	6
Introducción	9
Capítulo 1 Mi conversión	13
Capítulo 2 A la universidad	17
Capítulo 3 Misionera en África	25
Capítulo 4 Trabajando con Dios en Suazilandia	37
Capítulo 5 Discipulando a nuevos cristianos	49
Capítulo 6 Experiencias en África	57
Capítulo 7 ¡Grandes cosas ha hecho Él!	69
Ponlo en práctica	77
Notas	78

Prólogo

La iglesia envió misioneros a África para encender una llama de amor. Hoy, esa llama no solo está encendida, sino que también se está extendiendo como un incendio forestal a través de ese gran continente. El crecimiento de la iglesia ha sido fenomenal: ¡ya hay más nazarenos en África que en EUA/Canadá! Lamin Sanneh de la Universidad Yale indica que África puede convertirse pronto en el continente con más cristianos del planeta.

Este libro trata sobre los inicios de la Iglesia del Nazareno en África. Hace casi 100 años, a pesar de grandes dificultades, una joven del noroeste de los EUA fue como misionera a Suazilandia. Como dijo la autora nazarena Helen Temple: “De una joven cristiana, débil, temerosa e ignorante, Dios formó una guerrera de oración en el sentido más genuino de la palabra. Siguiendo a Dios, se atrevió a hacer proezas más allá de la fe de muchos cristianos”.

Prepárese para emocionarse y ser desafiado por la historia de Louise Robinson Chapman. El maravilloso tapiz de su vida puede enseñarnos a vivir como cristianos en el Tercer Milenio.

¡Disfrute el viaje!

Chuck y Doris Gailey,
Editores

Louise Robinson Chapman

Biografía
1892—1993

Louise Robinson Chapman sirvió como misionera nazarena y presidente global de Misiones Nazarenas Internacionales (entonces Sociedad Misionera Nazarena Mundial).

Louise Robinson nació en 1892 en el estado de Washington, EUA, y se graduó de Northwest Nazarene College (ahora University) en Nampa, Idaho.

Mientras estaba en la universidad, Louise aceptó el llamado de Dios para el servicio misionero. Después de su ordenación como pastora en 1920, fue nombrada para ir como misionera a África ese mismo año y sirvió en Suazilandia y la provincia de Transvaal en el sur de África por 22 años.

Durante sus primeros años como misionera, fue evangelista, supervisora de una escuela para niñas, albañil, directora de una estación misionera, superintendente de distrito, maestra y enfermera.

En 1942, después de regresar de África, Louise Robinson se casó con el Dr. J. B. Chapman, superintendente general de la Iglesia del Nazareno. Estuvieron casados por cinco años hasta que él murió en 1947.



En 1948, Louise Chapman fue electa presidente global de MNI y desempeñó esta función durante 16 años. Esos años de liderazgo estuvieron marcados por la oración prevaleciente, victorias financieras y una mayor visión para la tarea misionera de la Iglesia del Nazareno.

Louise Chapman recibió un doctorado honoris causa de Northwest Nazarene College en 1963.

Después de jubilarse, la Dra. Chapman se mudó al Centro Nazareno para Misioneros Jubilados Casa Robles en Temple City, California. Siguió viajando y dando charlas, incluso cuando se estaba recuperando de una enfermedad de parálisis. En sus últimos años, su ministerio de oración se expandió y continuó la obra misionera al desafiar a nazarenos a ofrendar a Transmisiones de Misión Mundial, el ministerio de transmisiones internacionales de la denominación.

Louise Robinson Chapman falleció el 12 de abril de 1993, a la edad de 100 años.

Biografía de los editores: Chuck y Doris Gailey fueron misioneros en Suazilandia durante más de una década. Chuck es Profesor Emérito de Misiología en el Seminario Teológico Nazareno en Kansas City, Missouri, EUA, y Doris dio clases en MidAmerica Nazarene University en Olathe, Kansas, EUA. Los Gailey tienen cuatro hijos adultos.

Introducción

¡África, oh África! No recuerdo en qué momento África tocó mi vida por primera vez. Es como si siempre hubiese sido parte de ella, y ella, parte de mí. De niña, la veía en mis sueños. Su gente me llamaba. A lo largo de 20 años de vida misionera, su mano nunca me soltó. La gente de África dejó una profunda huella en mi vida. La experiencia ha creado muchos recuerdos: recuerdos de un feliz trabajo conjunto con mis compañeros misioneros y recuerdos de largas amistades con hijos e hijas de África. La huella de la mano de África vino y permanecerá sobre mí hasta el final de mis días.

Le dedico este libro a Fairy Chism, mi compañera de cuarto en la universidad y mi mejor amiga. Vivimos y predicamos juntas en los Estados Unidos hasta que fui a África en 1920. Cuando Fairy llegó a África en 1928, vivimos y trabajamos juntas hasta que salí de ahí en 1940.

Recuerdo muchos incidentes graves y muchos otros divertidos en la vida de Fairy. Cuando llegó a África, estaba decidida a aprender el zulú.¹ La convencí de que si estudiaba fielmente la



Louise Chapman con
Fairy Chism en Suazilandia.

lengua, las costumbres y a las personas, para cuando supiera lo suficiente sobre las personas como para poder llevarles el mensaje de Dios, estaría lista para hablar. Dios le dio el idioma de esta manera y ella se volvió muy diestra.²

En su primer intento de predicación en zulú, Fairy usó el pasaje: “El día del Señor vendrá como ladrón en la noche” (1 Tesalonicenses 5:2). Pero, la palabra para “descender” es muy similar a la de “toser”, y la palabra para “ladrón” es muy similar a la de “bestia salvaje”. Fairy confundió estas palabras y en su sermón repitió una y otra vez: “El día del Señor está tosiendo como una bestia salvaje en la noche”. Una bestia salvaje que tose en la noche es una imagen terrible para un niño suazi. Aún tengo grabada la imagen de esos niños escuchando a su misionera contándoles lo que estaba por venir.

He intentado describir las cosas en este libro tal como las vi y conocí en África. Tengo en gran estima a mis colaboradores y a los misioneros actuales, y reconozco el gran trabajo que han hecho. Algunos han visto fases de la obra que yo no vi y si escribieran un libro sería diferente en muchos aspectos al mío, y sin embargo, todo sería verdad. Los hechos dependen de la voz de quienes los ven y conocen. Ese es mi pretexto y mi disculpa.

—LOUISE ROBINSON CHAPMAN



Mapa político de África

Capítulo 1

Mi conversión

Nací en una cabaña de madera, de una sola habitación, en una comunidad pionera en el condado Clarke, Washington, EUA. Al poco tiempo cambiamos la cabaña por una casa nueva, hecha de tejas cortadas a mano y madera tallada. Nuestra familia vivió allí durante mi infancia; no había ni escuelas dominicales ni iglesias en toda la comunidad.

Cuando estaba a punto de terminar la escuela secundaria, mi padre compró una granja nueva. En el barrio había una pequeña iglesia y fui un domingo por la mañana para escuchar a los jóvenes cantar. Como llegué un poco tarde tuve que ocupar el único asiento vacío, hasta adelante. Esa mañana oí, por primera vez, testimonios de corazones llenos del gozo de Dios. Mamá Coatney había estado experimentando una tristeza profunda. No usó palabras para testificar, pero sonreía y miraba hacia arriba como si pudiera ver a alguien sobre ella. Nunca había visto una mirada tal de tranquilidad y paz. Me preguntaba qué era lo que le permitía sonreír así. Una voz en mi corazón susurró: “Si tuvieras lo

que ella tiene, también podrías sonreír así”. Me sentí afligida por mis pecados y hubiera aceptado a Jesús, pero algo me decía que al seguir a Cristo, tendría que reconciliarme con algunas personas. Nunca había escuchado sobre la reconciliación, pero me parecía razonable y correcto que para hacer las paces con Dios también debería hacer las paces con la gente. Cuando pensé en lo humillante que eso sería, me enojé mucho, conmigo misma y con todos los demás. Estaba agobiada por el pecado y le tenía miedo a Dios.

Unas semanas después regresé a la iglesia. Tan pronto como terminó el sermón, dejé a mis amigos y fui sola al altar. No sabía cómo orar, pero Cristo allí me encontró casi en cuanto me arrodillé. Sabía que algo había sucedido dentro de mi corazón. Ya no le tenía miedo a Dios. La tranquilidad, la paz y la seguridad llenaron mi alma.



Louise Robinson Chapman
cuando era más joven

De ahí en adelante, salía a la pradera todos los días para orar. Mi corazón rebotaba de gozo y victoria. Oraba por mí misma y alababa a Dios por sus bendiciones en mi vida.

El presbítero Earnest Matthews predicó en los servicios sobre la oración para dar gracias antes de las comidas y la oración familiar. Dios me dijo: “Quiero que reinicies la oración cuando se sienten a la mesa de tu padre y establezcas un altar familiar en tu casa”.

Me sentí aterrorizada. Estaba segura de que no podría hacerlo y

no creía razonable que Dios me diera una tarea tan difícil tan temprano en mi caminar en la vida cristiana. Fue una lucha amarga, pero reconocí que si deseaba mantener el gozo de la salvación, debía obedecer a Dios. Así que una noche, con la cabeza postrada en el altar durante un culto, decidí que con la ayuda de Dios realizaría incluso esta difícil tarea y le prometí que comenzaría la mañana siguiente.

Al día siguiente, antes del desayuno, algunos miembros de mi familia se enojaron y parecía ser el momento más inoportuno para comenzar. Sin embargo, sentí el apoyo de Dios y encontré las fuerzas, ante toda la familia, para agradecerle a Dios por su provisión para cubrir nuestras necesidades. En la oración familiar, leí un versículo: “No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios,

**Reconocí que
si deseaba
mantener el gozo
de la salvación,
debía obedecer
a Dios.**

creed también en mí”. Tartamudeé algunas frases cortas y empecé a llorar. Sentía que había fracasado y que no podía cumplir esta difícil tarea. Pero Dios me hizo hacerlo y fue más fácil después de esa ocasión. Después de esta experiencia, oré por mí y por los míos. Ese año, mis padres y otros miembros de mi familia fueron salvos.

Capítulo 2

A la universidad

Toda mi vida había querido ser maestra. Perseveré en mis estudios a pesar de que tenía que trabajar para pagar la comida, el alojamiento y los libros. Cuando estaba a punto de iniciar el trabajo de mi vida, sentí que Dios quería que fuera a la universidad y me preparara para trabajar para Él. Amaba mi hogar, mi gente y mis amigos, y estaba satisfecha con los planes que había hecho para mi vida, pero estas palabras de Jesús siempre me impactaban: “¿Me amas más que estos?” (Juan 21:15).

Durante mis años en la universidad tuve muchas experiencias fuera de lo común. Si la maestra titular no llegaba, yo tomaba su lugar. Si el cocinero estaba enfermo, yo preparaba las comidas. A veces me tocaba hacer el trabajo del camarero o la mujer que limpiaba. Cuando era necesario, daba las clases de Biblia por el profesor Marshall y Teoría de la Medicina por el Dr. Mangum. Cuando alguien enfermaba trataba de ser enfermera; cuando un pastor no podía llegar a una cita, yo iba en su lugar. Una vez el

evangelista no pudo cumplir su compromiso con una iglesia, así que me enviaron para ver si podía ayudar.

Un año fui supervisora del dormitorio de mujeres. Otro año fui supervisora del comedor. El Dr. Wiley dijo una vez que se iría por un día y me dejaría como rectora para que yo pudiera decir que lo había hecho todo, desde conserje hasta rectora de la universidad. No lo entendía entonces, pero cuando llegué a África vi por qué Dios me había guiado por esos caminos.

Siempre tuve que lidiar con la pobreza. Usé el mismo vestido a cuadros por años. Los lápices y las estampillas postales eran mis peticiones de oración. Una vez, en mi tercer año de universidad, decidí que tendría que dejar los estudios por un tiempo para conseguir dinero para comprar ropa y libros. De la universidad regresé a casa temprano para tener tiempo de contarle a Dios mi decisión, antes de comenzar a preparar la cena. Tan pronto como me arrodillé, el Señor me dijo: “¿Qué es lo que necesitas?”

Rápidamente mencioné libros, el costo de la matrícula y una docena de prendas de vestir. Mientras hablaba con el Señor, descubrí que no podía decir con sinceridad que necesitaba esas cosas esa misma tarde, así que volví a la universidad avergonzada por mi impaciencia.

En la universidad aprendí cómo vencer con la ayuda de Dios. Aprendí cómo ganar almas. Aprendí cómo orar por un avivamiento. En una ocasión, un grupo pequeño de estudiantes oró siete noches seguidas. En la mañana del octavo día, Dios vino poderosamente sobre nosotros. El servicio de capilla comenzó en la mañana y siguió todo el día. Las clases se cancelaron y un gran avivamiento vino sobre toda la universidad y la iglesia.

Los estudiantes lloraban y predicaban y una gran convicción cayó sobre los inconversos. Oramos toda la noche en los

dormitorios de la universidad y en las casas de las personas. Decenas encontraron a Dios y muchos fueron enteramente santificados. Había predicaciones espontáneas en las aulas, en la capilla, en los servicios de la iglesia y, algunas veces, se hacía una segunda e incluso una tercera invitación al altar en un solo servicio. Años después, cuando enfrentamos adversidades inmensas en África, oramos de la misma forma por un avivamiento y perseveramos hasta ver victorias gloriosas. Pude mantenerme de pie cuando era necesario y luchar contra situaciones que parecían imposibles porque ya había estado en ese camino y sabía que los avivamientos vienen de Dios y Él responderá a la oración si esperamos en Él.

Confirmé mi llamamiento a África y recibí el don del Espíritu Santo durante mis días en la universidad. Experimenté una maravillosa conversión y, por un tiempo, no sentí que necesitara otra obra de gracia en mi corazón. Intenté aceptar este gran don del Espíritu Santo, pero siempre me sentía insatisfecha. A menudo me preguntaba si realmente existía una limpieza tan grandiosa como la que escuchábamos en las predicaciones. Con frecuencia iba al altar a orar por aquellos que estaban buscando a Dios, pero en realidad, estaba orando por mí misma.

Tres cosas me preocupaban. Todavía quería seguir los planes que había hecho para mi vida; temía que Dios me fuera a llamar a predicar; y temía que Dios me fuera a enviar a África como misionera.

Si hubiera estado segura de que Dios me estaba llamando, habría dejado mis planes. No me gustaba ver o escuchar a las mujeres predicar. Pensaba que ya era suficientemente peligroso para un hombre ser predicador de santidad; ni hablar para una mujer. Pensé que sin duda me llevaría a sufrir hambre. Pero, África era aún peor. No sabía qué era lo que significaba ser misionera. No sabía

qué necesitaba hacer para llegar al campo misionero. Sobre todo, no estaba segura de que Dios me estuviera llamando; así que estaba confundida y temía que me estuviera engañando.

Una mañana, de camino a la universidad, me encontré en medio de un gran rebaño de ovejas inquietas que balaban. Cuando llegué al centro del rebaño, me olvidé que eran ovejas y parecía que estaba escuchando los gritos de hombres y mujeres perdidos, muriendo sin Dios. Sentí que el Señor me decía que mirara hacia el este. Vi todas las tierras del oriente, donde la gente se amontonaba en las calles. Era como estar oyendo los lastimeros gemidos de millones de personas sin Dios. Los balidos de las ovejas se convirtieron en los gritos de las multitudes del oriente, que morían mientras esperaban y anhelaban un Salvador.

El Señor me dijo que mirara hacia el sur. Vi a los hombres y las mujeres de la India en el río Ganges y en los templos. Vi a las muchedumbres amontonadas en las calles y carreteras como ovejas perdidas, impulsadas por la tormenta sin guía ni pastor.

Miré hacia América Latina con sus millones de necesitados. Vi manos levantadas hacia Dios, ojos que pedían descanso, y podía escuchar los gritos de los labios de aquellos que buscaban a Dios por todas esas amplias tierras del sur.

Entonces Dios me volteó y fijamos nuestras miradas hacia el gran continente de África: más de 150 millones³ de africanos que se tambaleaban en la oscuridad, sin la luz de Cristo para guiarlos. Cada ojo asustado miraba vehementemente a Dios. Cada mano se extendía en un esfuerzo desesperado por asirse de algo que pudiera salvarlos.

Entonces Dios me mostró mi patria. Vi a personas de todas las clases sociales. Aun mis amigos y vecinos estaban allí. Esto me

maravilló más que todo lo que había visto antes. Todos levantaban la mirada y clamaban a Dios por auxilio. Vi a mujeres muy bien vestidas, a borrachos en la alcantarilla, al hombre de principios que había conocido y parecía no tener ningún deseo de Dios, y al vecino de al lado. Todos miraban hacia arriba con ojos anhelantes y buscaban con los dedos algo que los sostuviera. Cada boca clamaba por el descanso que solo Dios puede dar. Ahora los balidos de las ovejas eran los gritos de mi gente, mis amigos y mis compatriotas.

Quebrantada de corazón, traté de explicarle a Cristo, aquel que derramó su sangre para que el mundo pudiese ser salvo, que no me había dado cuenta de que todas las personas, sin importar cómo actuaran, tenían hambre y clamaban a Él en busca del descanso del alma. Me miró con un rostro triste y cansado y le pregunté si no podía Él ir y descansar un rato. Le pregunté a Cristo si siempre, día y noche, tenía que escuchar esos llantos lastimeros. Con voz triste respondió: “Hija, nunca descanso”.

Caí a sus pies llorando y le pedí que me dijera cómo podía ayudar. Volví a mirar la escena y vi, aquí y allá sobre la tierra, a personas orando. Vi a un hombre en la cima de una colina, a una mujer en un cuarto cerrado y a otros gimiendo por la carga de la oración. Entonces sentí que los cielos temblaban y vi el brazo de Dios comenzar a moverse. Se abrieron canales y los hombres fueron liberados de sus cadenas de oscuridad.

**No me había
dado cuenta
de que todas
las personas,
sin importar
cómo actuaran,
tenían hambre
y clamaban a
Él en busca del
descanso del
alma.**

Después de esta experiencia no pude descansar. Me sentía hambrienta e insatisfecha, y siempre escuchaba el clamor de los perdidos. Una vez, al mediodía, después de semanas de luchar con Dios, entré a un salón y cerré la puerta. Le dije al Señor que había ido a buscar confirmación sobre mi llamado y que no saldría por la puerta sino hasta sentir paz. Comencé con los planes para mi vida. Prometí que no intentaría fijar planes a menos que tuviera órdenes directas de Dios. ¿Predicar? Lo intentaría. Decidí que morir de hambre como una predicadora menospreciada no sería más doloroso que perecer de hambre en mi ser. Tenía tanta hambre de Dios que la vida misma significaba poco para mí si no podía satisfacer esa hambre.

Fue entonces cuando África surgió en mi mente. No era suficiente predicar en los Estados Unidos. Debía predicar en África. Me vi en lo profundo de la selva. Estaba vestida con un espantoso vestido negro, que comenzaba en los tobillos y llegaba hasta los dedos de las manos y los oídos. Mi cabello estaba liso y recogido a la antigua usanza. Como no había médicos allí, todos los dientes, excepto dos o tres, ya se me habían caído. Me senté en una vieja jabonera, junto a una cabaña, mientras algunos niños pobres jugaban a mis pies. Salté de miedo y luego me escuché decir en voz alta: “Señor, Dios Todopoderoso, tienes a una ancianita en tus manos desde este momento y por toda la eternidad”.

Apenas terminé la frase, cuando algo como una gran pesa de hierro se desprendió de mí cayendo bajo mis pies. Me puse de pie y me sentí tan ligera como una pluma. La habitación parecía estar en llamas con la presencia de Dios. El miedo y el hambre desaparecieron. Estaba libre y satisfecha. Mi corazón estaba encendido con el amor de Dios. Amaba Su voluntad para mí. Me sentía dispuesta y quería

ir a África inmediatamente. No solo había confirmado mi llamado, sino que había sido bautizada con el Espíritu Santo.

Fue tan maravillosa la obra que Dios realizó en mi corazón ese día que, a lo largo de los años, ni una sola persona llegó a dudar que fue Dios quien me llamó y envió al otro lado del mar. Ni una sola vez dudé que Dios realmente me había bautizado con Su Espíritu y que había purificado y dejado mi alma completamente satisfecha. Muchas veces, en Suazilandia, vencí el desaliento y los fracasos al recordar que el gran Dios del cielo me había enviado allí para representarlo y que Él me haría triunfar.

**Me sentía
dispuesta y
quería ir a África
inmediatamente**

A menudo, cuando miraba a los hombres en las profundidades más oscuras del pecado y la posesión demoníaca, me animaba en el Señor porque sabía que Dios me había cambiado y a Él no le importaba si eran pequeños o grandes pecadores.

Capítulo 3

Misionera en África

Un domingo por la mañana, en 1919, se le informó a la Primera Iglesia del Nazareno de Nampa (Idaho, EUA) que me estaban recomendando para ser nombrada misionera a África en la siguiente reunión de la Junta General en Kansas City. En minutos, más de 50 personas prometieron dar un dólar al mes durante cinco años para proporcionar mi salario. Unos amigos en el distrito de Idaho-Oregon⁴ me dieron dinero para el pasaje y otros gastos. Luego me enviaron a Kansas City para que me reuniese con la Junta Misionera, y me asignaron para ir ese año, tan pronto como pudiera obtener mi pasaporte y los permisos.

Finalmente, me despedí de mis amigos y seres queridos. Sabía muy poco sobre viajes, pero salí sola en el autobús con un almuerzo preparado, dos maletas pesadas, mi máquina de escribir, un abrigo grueso y otros paquetes pequeños como equipaje de mano. No sabía qué era un “redcap”⁵ y nunca me había subido en un taxi. Cuando nadie fue a recogerme a la estación de trenes en Nueva York, tomé mis maletas e intenté usar el metro hasta la única dirección

que me habían dado. El viaje me llevó de un lado de la ciudad al otro. Estaba muy cansada después de pasar noches sin dormir en el tren mientras atravesaba por todo el continente. El Señor me vio y envió a gente amable para ayudar a su hija abrumada.

Llegué a África el día de Acción de Gracias. El pequeño tren de Sabie corrió a lo largo de su ruta habitual a una velocidad de 16 kilómetros por hora. Al mediodía me estaba sintiendo un poco sola. Recordé que mi familia estaba reunida, disfrutando la cena de Acción de Gracias, y me sentí muy sola (y hambrienta) en una tierra muy extraña.

Nos detuvimos en una estación pequeña, y la gente corrió a un cobertizo de paja. Los seguí y conseguí una taza de té, tan negro como el café, y media galleta. Esa fue mi cena de Acción de Gracias y mi introducción al té de Sudáfrica. Me consolé con la idea de que esa noche mi largo viaje terminaría, llegaríamos a la misión de Sabie y la Sra. Shirley nos estaría esperando con una gran cena de Acción de Gracias. Cuando llegamos a su casa, me sorprendió que la Sra. Shirley no mencionó nada sobre la festividad. Ella había vivido fuera de los Estados Unidos por tanto tiempo que se había olvidado que era el día de Acción de Gracias.

La estación misionera todavía estaba en proceso de construcción. La arena estaba llena de pulgas. Una misionera que estaba de visita durmió en la habitación conmigo esa noche, pero tuvo que levantarse para atrapar a las pulgas que molestaban a sus hijos dormidos. Atrapó 67 en una captura, pero yo no participé de la cacería. Estaba demasiado cansada y sabía que no serviría de nada.

En mi primera mañana en África empecé a estudiar el idioma zulú. La Sra. Shirley siempre dirigía el servicio del domingo por la mañana. Me dijo que cada semana, antes de que ella predicara, yo

tenía que pasar adelante y decir en zulú todo lo que pudiera. Dijo que eso no sería de mucha ayuda para la congregación, pero sería maravillosamente bueno para mí, y así fue. Por largos meses practiqué los extraños clics al presionar la lengua contra mis dientes y retirarla rápidamente para hacer un clic, y curvar mi lengua y alejarla del paladar de mi boca rebelde. Todos los domingos por la mañana intentaba testificar o exhortar.

Durante la semana, salía a visitar a los vecinos cercanos. Se sentaban a la sombra de sus chozas y me ayudaban con mi vocabulario. Aunque no siempre podía hablar, sí podía sonreír, así que hice amigos. La primera persona que llevé al Señor fue la esposa de un médico brujo, una de

Aprender otro idioma con fluidez te quita todo sentido de superioridad.

las mujeres que hizo mucho para ayudarme con el idioma. Un día, cuando todos los misioneros estaban fuera de la misión, traté de predicar mi primer sermón en zulú y esta mujer vino al altar y se convirtió maravillosamente.

Practiqué una palabra todos los días por seis meses antes de que la gente estuviese de acuerdo en que la estaba diciendo bien. Aprender otro idioma con fluidez te quita todo sentido de superioridad. He visto a hombres adultos llorar a causa de la lengua. Estudié el zulú diariamente, durante 15 años, y sentía que recién comenzaba a apreciar su belleza. La lengua zulú es más rica que el inglés en palabras para describir la vida cotidiana. Por ejemplo, hay más de doce palabras para designar los periodos entre la medianoche y el amanecer. Tienen la gran noche (medianoche), el comienzo del día, el primer cambio de luz, la hora de la estrella de la mañana, el primer amanecer cuando se pueden distinguir los cuernos del

ganado, el canto del gallo, el descenso de las aves, muy temprano en la mañana, temprano en la mañana antes del amanecer, durante el amanecer, la continuación del amanecer, cuando el sol está por venir y otros.

Me pusieron a cargo del trabajo médico y educativo. Mi farmacia era una caja pequeña. Uno de mis profesores de la universidad, el Dr. Mangum, dijo una vez que uno podía ser un buen médico y usar solo cinco o seis medicinas. Estas eran mis medicinas: azufre para la picazón; quinina, aspirina y sales de Epsom para la malaria; yodo, polvo de ácido bórico y permanganato para desinfectar; un par de fórceps para extraer dientes, y eso era todo. Siempre temí matar a alguien o dejar que alguien muriera innecesariamente. Pero muchos fueron sanados aquellos días, principalmente por medio de la oración desesperada.

Mi escuela diurna estaba compuesta por docenas de niños, desde bebés hasta niños y niñas mayores. Primero traté de organizarlos en las bancas, pero pronto descubrí que eso sería tan difícil como enseñarles a leer. Cada vez que los miraba, había más ojos brillantes y cuerpos pequeños retorciéndose debajo de los asientos que sobre ellos. Así que quité las bancas y senté a mis estudiantes en el suelo. Todos gritaban a voz en cuello mientras estudiaban. Cuando les pregunté por qué lo hacían, dijeron: “Esta es la forma en que lo hacemos en este país. Todos lo hacen así. ¿Cómo vas a saber quién está estudiando o no si no estudian en voz alta?”

También enseñaba a adultos en la escuela nocturna. Los hombres que trabajaban en las minas de oro querían aprender a leer. Les enseñábamos a leer la Biblia y escribir sus nombres; luego leíamos las Escrituras y orábamos con ellos. Ganamos a muchos convertidos en las minas con este método.

Pasé cuatro años en la misión de Sabie en el Transvaal, Sudáfrica.⁶

SUAZILANDIA

La mayor parte de nuestra obra nazarena en África se realizó en Suazilandia. Estaba ansiosa por ver ese campo y a nuestros obreros allí. Durante la primera reunión trimestral fui a Barberton en tren. El Pbro. Joseph Penn, Sr., me recibió allí con caballos. Los nuevos misioneros a Suazilandia generalmente venían a esta ciudad y cabalgaban por las montañas, mientras que sus baúles y cajas llegaban después, a menudo tras muchos meses, en burro o bueyes por una ruta más larga.

Estaba lloviendo cuando llegué a Barberton. Temprano en la mañana, comenzamos a escalar la montaña Barberton. Escalamos más y más alto sobre piedras rodantes y salientes estrechos. Tan pronto como llegamos a la cima comenzamos a bajar por el otro lado. Mi montura, que no era nueva ni fuerte, continuamente amenazaba con caerse sobre la cabeza del caballo. Al pie de la montaña vadeamos un río que corría rápidamente, atravesamos de prisa un pequeño valle y escalamos otra serie de colinas. Subimos “La Escalera del Diablo”, una escalada pedregosa sobre grandes rocas, y subimos a la tercera cordillera donde, por la parte superior, llegamos a la entrada del “Puente del Diablo”. Trepamos a lo largo del estrecho sendero que serpenteaba por el borde de la montaña y escuchamos los aullidos del viento en el valle de abajo. Sonaba peor de lo que era. El angosto puente natural, de solo unos pocos pies de ancho, tenía un precipicio profundo a cada lado. Una vez que cruzamos, galopábamos con nuestros caballos cuando encontrábamos unos pocos pies de terreno llano, y llegamos a la misión de Pigg’s Peak antes del anochecer. No me preocupó cabalgar todo

el día en la tormenta ya que me criaron en el oeste y había montado caballos desde que era niña. Era muy diferente para los misioneros criados en la ciudad, que nunca habían montado un caballo, o para los padres con niños pequeños que les tenían miedo a los caballos.

Se le ha llamado a Suazilandia “la Suiza de África” debido a sus muchos picos de montañas hermosas y escarpadas. Fue aquí, en la misión de Endzingeni, donde el Pbro. Harmon Schmelzenbach comenzó nuestra primera obra nazarena en África.

En Suazilandia, los matrimonios a veces se arreglaban entre dos familias. No siempre se le consultaba a la muchacha. El hombre podía ser mucho mayor y aun tener ya una o más esposas. En tiempos pasados, a la muchacha se le obligaba a ir con su nuevo marido incluso en contra de su voluntad. Las novias que se negaban a menudo peleaban, pateaban y mordían a sus hermanos mayores que las trataban de llevar a su nuevo hogar. Algunas se escapaban. Otras iban al otro lado de la frontera, solas y sin amigos. Algunas se suicidaban.

Una tarde, años después de que el Pbro. Schmelzenbach y su esposa comenzaran su trabajo en Suazilandia, ella estaba sola en casa cuando una jovencita de unos 14 años irrumpió por la puerta de la cocina y gritó: “¡Escóndeme, esposa del misionero, escóndeme!”

Era Ngobodhlane, una de las primeras en convertirse. Durante su infancia, la habían entregado a un jefe anciano de la tribu que ya tenía seis esposas. Mientras su hermano la llevaba a su nuevo hogar, ella se escapó y corrió hacia la casa de los Schmelzenbach. Apenas la habían escondido en el almacén cuando una voz enojada exigió desde la puerta: “Quiero a Ngobodhlane”.

Esto inició una larga batalla que, finalmente, terminó en que la niña pudo ir a vivir con los misioneros. Fue el inicio de un hogar

para niñas necesitadas. Otras muchachas huyeron a la misión. Algunas estaban cubiertas de sangre. Algunas tenían grandes heridas donde habían recibido latigazos. Otras estaban con moretones e hinchadas por haber sido arrastradas y asfixiadas. Cuando el número de niñas siguió aumentando, la Srta. [Minnie] Martin fue a vivir con ellas.

Mi primer recuerdo del hermano Schmelzenbach es de un hombre preocupado, paseando de un lado al otro y hablando de los problemas que habían llegado a causa de esas muchachas. Dijo que si no podíamos brindarles mejor atención y refugio, sería mejor que las devolviéramos a sus padres.

En 1924 fui a Suazilandia, al Concilio de Misiones y campamento anual. El Dr. George Sharpe de Escocia era nuestro superintendente misionero. Mientras que el Dr. Sharpe y el hermano Schmelzenbach hablaban sobre los problemas de la obra y dónde cada misionero podría rendir su mejor esfuerzo, fui a ver de nuevo la estación misionera. Me arrodillé ante una puerta, una pequeña abertura redonda en la pared de ladrillo entre la cocina para obreros solteros y la residencia de las muchachas. Vi una pequeña habitación en forma de L. Los pisos de tierra negra compactada, las paredes de barro marrón con pequeñas ventanas cerca del techo y la penumbra de la lluvia creaban una imagen sombría. Sentada en el suelo, de espaldas a la pared, estaba una mujer joven con grandes heridas en la espalda y los brazos y la ropa manchada de sangre. A su alrededor estaban los azadones, cajas y comida de las 32 niñas que vivían en esa pequeña habitación. Caminé alrededor, a la parte posterior del edificio, y allí, en un hoyo que se extendía casi dos metros dentro del costado de un montículo de arcilla roja, vi a cuatro muchachas cocinando con una gran olla negra

sobre un fuego humeante. Este hoyo era la única cocina que tenían. No había comedor ni instalaciones sanitarias de ningún tipo. Le di gracias a Dios con todo mi corazón porque no tenía que trabajar en este lugar en condiciones tan horribles.

Justo entonces el comité de asignaciones me llamó. El Pbro. Schmelzenbach me dijo que habían considerado todas las necesidades en la obra y había un departamento con una necesidad especial. Habían buscado la voluntad de Dios en oración y decidieron que, de todos los obreros disponibles, yo era la más calificada para esa asignación. Me dijeron que querían asignarme a Endzingeni para cuidar a esas 32 muchachas. Aun si hubiera explotado una bomba yo no podría haber quedado más sorprendida. Inmediatamente pensé en todas las dificultades conectadas con esta asignación. Había escuchado discusiones sobre ellas muchas veces. Estábamos ubicados en un área reservada para la gente suazi. Había poca seguridad. No era aconsejable construir edificios permanentes. Si entrábamos en desacuerdo con el gobierno, podrían obligarnos a salir. Aunque tuviéramos un lugar donde construir no teníamos dinero para hacerlo. Para entonces los misioneros vivían en chozas y viejos edificios de hierro corrugado. No había posibilidad de que la iglesia nos diera dinero para un hogar de niñas. Lo peor de todo era que no había materiales de construcción en ese lugar. La madera era cara y las carreteras casi intransitables. El hierro corrugado era demasiado caro y demasiado caliente. La arcilla de la región no era adecuada para hacer ladrillos; no había arena para usar en el cemento y la piedra tendría que ser transportada desde muy lejos. Intenté convencer a los miembros del comité de que estaban equivocados. Les dije que nunca había podido trabajar en la suciedad y la confusión y que no veía ninguna manera de hacer que

el lugar fuera diferente. Terminé diciendo: “La forma en que todo está organizado es imposible. No me gusta para nada”.

El Dr. Sharpe esperó hasta que terminé de hablar, me miró a los ojos y dijo con firmeza: “Si no te gusta, hija, cámbialo”.

Le pregunté cómo podía cambiar las cosas y de dónde recibiría ayuda. Él respondió: “Tu Padre es rico”.

Había ido con estos dos varones sintiéndome libre y optimista, y menos de cinco minutos después salí habiendo heredado una familia de 32 niñas. Me sentía abrumada y deprimida.

Pero, no podía olvidar esas palabras: “Si no te gusta, cámbialo. Tu Padre es rico”.

Antes de mudarme a Endzingeni, decidí que haría todo lo posible para cambiar todo lo que pudiera cambiar. Apenas me había instalado en mi nuevo hogar, cuando Dios envió uno de los mayores avivamientos que he experimentado en mi vida. Sin un evangelista y con poca predicación, pocas llamadas al altar y ningún programa, nos quedamos día y noche en el edificio sin salir. La gente iba y venía cuando quería. El edificio entero era un altar. Las personas se tendían durante horas en el piso cubierto de paja, todas orando. Al final de las reuniones, nadie se quedaba con el corazón vacío. Después descubrimos que, como siempre sucede cuando Dios visita a su pueblo con gran poder, muchas de nuestras dificultades desaparecieron y las restantes no parecían tan insuperables.

Decidimos cambiar la residencia de las muchachas. Cavamos un hoyo al lado de nuestra casa para que la arcilla roja con la que comenzamos a hacer ladrillos quedara expuesta. Las muchachas

**“Si no te gusta,
cámbialo. Tu
Padre es rico”.**
—Dr. George Sharpe

llevaban agua del arroyo en latas de aceite de cinco galones (19 litros) sobre sus cabezas y la vertían en el hoyo. Otras pisaban la arcilla con los pies descalzos hasta que llegara a la consistencia correcta. Me paré con algunas de las muchachas en un lugar plano al lado del hoyo con los moldes de ladrillo delante de nosotras. Las muchachas levantaban barro con sus manos y lo ponían al lado de los moldes. Arrojàbamos el barro dentro de los moldes con la fuerza suficiente para llenar todas las esquinas, deshacer las burbujas y cubrirnos de pies a cabeza en capas de barro. Otras muchachas traían los moldes vacíos, los sumergían en un charco de agua a nuestro lado, los rociaban con arena por dentro y por fuera y los ponían ante nosotras. Deslizábamos los moldes llenos a un lado, donde otras los tomaban y llevaban para colocarlos en filas largas para que el sol los secase. Fabricamos miles de ladrillos.

Algunos estudiantes venían a ayudarnos. Derribamos dos lados de la residencia para ensancharla y hacerla mucho más larga. Dividimos el interior en siete habitaciones y dejamos un pequeño pasillo en el medio. Construimos tres habitaciones de aproximadamente 2,5 por 3 metros a un lado del pasillo y cuatro habitaciones más pequeñas al otro lado. Había una pequeña puerta al final del pasillo. El otro extremo daba a mi habitación. Techamos nuestra casa con viejas láminas de hierro corrugado y luchamos por rellenar los agujeros que estas tenían. La parte superior de las paredes estaba decorada con la arcilla blanca del río, la parte inferior con alquitrán negro. Los pisos eran de tierra compactada a golpes con piedras. Cuando terminamos el edificio, estuvimos muy orgullosas de nuestro hogar.

Invitamos a los Schmelzenbach a ir a ver la casa de nuestros sueños antes de que viviéramos allí. El hermano Schmelzenbach

se paró en el pequeño pasillo y lloró mientras alababa a Dios por la hermosa casa. Esa noche todos sentíamos como si la Nueva Jerusalén hubiera bajado a la tierra en Endzingeni. Nos trasladamos al nuevo edificio, cinco muchachas en cada habitación.

Nuevas chicas llegaban casi cada semana. Una saltó a un furioso torrente y cruzó a salvo porque Dios estaba con ella. Otra elevó una oración patética y atemorizada en la orilla de un arroyo infestado de cocodrilos y cruzó con seguridad. Muchas dormían al aire libre, noche tras noche, de camino a la casa que Dios había proporcionado para niñas suazis afligidas.

Esos fueron días maravillosos en nuestra pequeña casa de barro. Muchas chicas conocieron a Dios en esas siete habitaciones. Hubo avivamientos, los demonios eran expulsados y los cuerpos sanados. Dios estaba viviendo con nosotros. Después de ese primer edificio, Él nos ayudó a construir el dispensario, la escuela, los cobertizos y las iglesias alrededor.

Capítulo 4

Trabajando con Dios en Suazilandia

En Endzingeni, teníamos alrededor de 200 bocas hambrientas que alimentar. Teníamos a los bebés, los niños huérfanos y sin hogar, los trabajadores, las abuelas ancianas y las mujeres que habían sido expulsadas de sus hogares por los chamanes, todos buscando alimento de nuestros campos.

La cosecha fue buena un año: el maíz y otros alimentos estaban listos para comerse y los árboles llenos de fruta. Estábamos agradecidos por nuestras casi 81 hectáreas de huertos hermosos. Una calurosa tarde de diciembre, alcé la vista de repente y vi que los cielos estaban oscuros con nubes de tormenta. Una gran nube verde se acercaba rápidamente hacia nosotras. Podía escuchar ruidos extraños y estruendosos en el cielo, ¡y sabía que eso significaba granizo! Esta vez sería una verdadera tormenta. Había visto al granizo golpear hermosos campos de grano contra el suelo y a la lluvia llevarse incluso los tallos. Había visto estas tormentas romper enormes ramas de los árboles y destrozarse todos los vidrios de nuestros edificios.

El temor llenó mi corazón. Miré nuestros hermosos campos que necesitábamos cosechar para mantener unida a nuestra numerosa familia. Me senté rápidamente en el porche, débil por el miedo. Justo en ese momento, desde la pequeña casa de adobe donde vivía con mi gran familia de niñas, escuché una fuerte oración, poderosa y desesperada. Mi miedo cedió ante la fe. Sabía que Dios no podía ignorar tales súplicas. Alice Khumalo, que cuidaba a las muchachas, había visto la tormenta antes que yo. Dirigió a las chicas para orar pidiendo la ayuda del único Dios que puede librar a la gente de una crisis así.

Dios no les falló a esas muchachas. Un viento fuerte surgió de la dirección opuesta y llevó la tormenta más allá de nuestros campos. Despojó las hojas de los árboles, pulverizó el pasto, arrancó enormes ramas de los árboles cercanos, pero no dañó ni una espiga de maíz en nuestros campos.

Durante cuatro años tuve el maravilloso privilegio de trabajar con el gran misionero Harmon Schmelzenbach y de él aprendí muchas lecciones muy valiosas. Me pusieron a cargo de la escuela diurna y ayudé con el trabajo del distrito. Cuando el hermano Schmelzenbach murió, me pusieron a cargo de la estación y del distrito circundante. Me encantaba cultivar la tierra. Me gustaba la tarea de cuidar una gran estación y supervisar una granja de más de 80 hectáreas. La “familia” cultivaba casi todos nuestros alimentos ya que no teníamos dinero para contratar ayuda o comprar alimentos.

Monté miles de kilómetros en mi vieja mula roja, Coffee, sobre colinas y “velds”⁷ supervisando las escuelas rurales y celebrando reuniones y avivamientos. Me encantaba este trabajo. Aprendí a

amar los cielos nocturnos con su brillante Cruz del Sur. Viví en las casas de la gente, comí su comida, dormí muchas noches en el suelo con mi silla de montar como almohada, vadeé los ríos a medianoche, me quedé atrapada en terribles tormentas, caminé en las arenas ardientes, y en los últimos años me quedé atascada en los ríos o en el barro con mi Chevrolet. Pero todo me encantó.

Dios le dio a la Iglesia del Nazareno cientos de santos africanos: cristianos humildes que amaban a Dios y vivían en santidad.

Una vez le pregunté a un viejo médico brujo: “¿Qué piensas del pastor que enviamos a tu vecindario? ¿Es cristiano? ¿Has visto algo ofensivo en su vida o en su hogar?”

El viejo médico brujo caminaba al lado de mi mula. Estaba vestido con pieles, colas de vaca, dientes, bolsitas y un cuerno que contenía sus medicinas. Él me miró, su sonrisa desapareció, y dijo: “¡Hijo de Dios! ¡Ese hombre!” Levantó la mano y señaló hacia la pequeña choza de paja y barro de nuestro predicador, un hogar que era más brillante, más higiénico y confortable que las casas a su alrededor. Algunos árboles frutales y de sombra se podían ver creciendo dentro de un lindo seto; todo a su alrededor estaba limpio y en orden. El anciano se detuvo, su dedo huesudo, aun apuntando hacia la pequeña casa del predicador, y dijo: “Hija del Rey, esa es nuestra lámpara. Esa es la luz de la nación suazi”.

Nuestros pastores son el recurso más importante de la iglesia en África. Estos obreros, sus palabras, sus acciones, sus vidas, sus hogares, sus cónyuges e hijos son observados día y noche por decenas de no cristianos, además del rebaño cristiano.

Alice Vabaye

La hermana de Alice Vabaye fue vendida al jefe de la aldea por 10 cabezas de ganado. Como un favor especial, Alice fue incluida en el intercambio por 4 o 5 cabezas de ganado adicionales.

El jefe era viejo y tenía muchas esposas, pero Alice era joven e independiente. Cuando Alice descubrió que la habían incluido en el intercambio, se escapó. Corrió hasta quedar exhausta y se escondió entre un montón de piedras. Los hombres y los perros que la perseguían no pudieron encontrarla. En ruta a la frontera con Sudáfrica, Alice escuchó a un misionero que enseñaba una clase sobre Jesús. Escondida en la hierba alta, Alice pensó: “Dicen que el Dios del misionero es un refugio. Quizás pueda esconderme en Él”. Ella fue inmediatamente con el presbítero Schmelzenbach y entregó su corazón a Dios.

Por muchos años, Alice Vabaye no pudo visitar su hogar ni salir de la misión. Durante ese tiempo, aprendió a orar y fue una gran bendición para todos nosotros. Por muchos años Alice

**“Dicen que el Dios
del misionero
es un refugio.
Quizás pueda
esconderme
en Él.”**
—Alice Vabaye

cocinó para los misioneros solteros de Endzingeni y, con el tiempo, llevó a sus padres a los pies del Señor. En 1940, después de 17 años en la misión y con la ayuda de amigos, Alice consiguió suficiente ganado para redimirse de su hermano no salvo. Alice era una gran predicadora. Fue madre para muchos niños en la estación, fue la consejera principal de las niñas en el hogar, ayudó en los avivamientos y se desempeñó como pastor asistente. Pero su mayor talento era su capacidad de orar y obtener respuestas de Dios.

Nunca olvidaré cómo Dios habló a mi corazón una noche mientras trabajaba con los enfermos y escuché a Alice orando. De una manera que no se podía rechazar, Alice dijo en voz alta cada uno de los nombres de los inconversos que vivían en el vecindario, rogándole a Dios que hiciera todo lo posible para salvarlos. Esa oración, una de las oraciones más poderosas que he escuchado, fue una de las mejores y más dulces experiencias de mis años en África. Mi corazón se conmovió porque sabía que Dios respondería a su clamor. Me sentí como si nunca hubiera orado de verdad.

Por varias semanas esa intercesora solitaria pasó horas en oración todas las noches. Algunas veces clamaba en voz alta y fuerte. Otras veces veía a través de su ventana que su catre estaba intacto y que Alice estaba postrada sobre la alfombra de paja en el suelo, su Biblia abierta ante una pequeña vela de sebo. Tenía los ojos hinchados por el llanto y con frecuencia sus palabras se convertían en gemidos cuando bajaba al valle del sufrimiento en busca de los perdidos. Le pregunté un día si no temía que su fuerza física fallara por la falta de sueño. Ella me miró con un brillo de luz sobrenatural en su rostro y dijo: “Hija del Rey, si solo supieras: delante de mí está Cristo, detrás de mí está la luz. Si busco hacia la derecha o la izquierda, encuentro la fuerza de Dios. Me detendré cuando Dios me dé lo que estoy pidiendo”.

Tres meses pasaron. Una madrugada, un hombre inconverso vino y llamó a Alice, diciendo que durante tres meses Dios había estado lidiando con su alma. En los escalones de cemento, ese hombre entregó su corazón a Dios. El avivamiento comenzó. Decenas de inconversos entraron al reino de Dios.

Nota del editor: Alice Vabaye Khumalo más tarde se convirtió en misionera. Obedeció el llamado de Dios para ir a la nación Pedi en África. Los editores tuvieron el privilegio de entrevistarla cerca del final de su vida. En su casa cerca de Endzingeni, Alice nos contó con gran entusiasmo cómo había aprendido las diferentes costumbres y el idioma de los Pedi. De repente, corrió a su habitación y regresó con una Biblia bien gastada en idioma Pedi. Compartió con nosotros las grandes victorias que se ganaron cuando los Pedi llegaron a conocer a Cristo. Fue una alegría conversar con alguien que obviamente era una amiga íntima de Dios. ¡Había un brillo alrededor de esta mujer que se había convertido en misionera como su mentora, Louise Robinson Chapman!

Lillian Bhembe

El Espíritu continuó trabajando entre nosotros. Durante un gran avivamiento, alguien vino a decirme que Lillian Bhembe estaba muriendo. Fui donde ella estaba y la encontré tirada en el suelo, totalmente encorvada. No había comido por varios días y pude ver en su rostro que estaba orando. Aunque no estaba falleciendo físicamente, ella estaba muriendo al mundo. Lenta y deliberadamente, Lillian continuó buscando al Señor y Dios obró en su corazón de tal forma que la convirtió en una luz brillante desde ese día.

Un domingo, Lillian estaba en el centro de una pequeña iglesia de barro. Todo el piso estaba cubierto de oyentes serios. Las ventanas estaban llenas de caras. Dios ungió a su sierva; Lillian parecía ser de otro mundo. Su rostro brillaba con la gloria de Dios. Una joven se paró, levantó la mano y dijo: “Elijo al Señor”. Otra persona repitió esas dulces palabras. Hubo una silenciosa quietud en nuestros corazones. Sentimos que Jesús mismo estaba en medio nuestro.

Nota del editor: Lillian Bhembe fue una fuerte líder en la iglesia hasta el día de su muerte. Fue una gigante de la fe que siguió los pasos de Jesús y de su mentora, Louise Robinson Chapman.

Magagula

“¡Soy rica, amigos, soy rica!”, una mujer sonriente clamó mientras testificaba de su salvación. Levantó los brazos y pasó con gracia alrededor de la multitud de oyentes que estaban sentados en el piso. No parecía ser rica. Estaba descalza y lo único que la tapaba era una prenda barata que colgaba suelta de sus hombros. Sabíamos que vivía en una choza de paja con piso de barro, su cama era un tapete en el suelo y su comida era escasa y no refinada. Sin embargo, decía que era rica. Sus oyentes creyeron su testimonio, porque sonrieron, asintieron y dijeron: “Sí, mamá, sí”.

Todos sabían cómo Magagula era antes. Había estado poseída por un demonio. Muchas noches, mientras sus hijos lloraban por comida, ella permanecía en estado de ebriedad. Había sido hostil y desagradable. Ahora los demonios habían huido. Ya no era esclava del tabaco y la cerveza. Sus hijos estaban aprendiendo en la escuela y en la escuela dominical. Su esposo, que la había maltratado la primera vez que entregó su corazón al Señor, ahora la respetaba y amaba. Ella diezmaba diligentemente sus cacahuates y maíz.⁸ Se deleitaba en contarles a sus amigos cómo el Señor había hecho nuevas todas las cosas. ¡De hecho, ella sí era rica!

Sin Diferencia

Unos meses después de llegar a África, estaba dando mi testimonio a un hombre que conocí, contándole la maravillosa experiencia de corazón que tuve cuando fui santificada.

“El trabajo no será tan definitivo entre sus conversos aquí”, me dijo. “Estas personas conocen tan poco sobre Dios que no puede esperar ver los mismos resultados”.

No respondí, pero sabía que no había sido criada en un ambiente religioso, y sin embargo, Dios me había santificado. Decidí que el primer converso que mostrara evidencia de estar listo para recibir la plenitud de la bendición de Dios me mostraría si ese hombre tenía razón.

Willie Young

Varios meses después, el pequeño Willie Young fue a mi escuela nocturna en Sabie. Era un muchacho de 10 a 11 años. Su padre los había abandonado; su madre estaba enferma. Willie cuidaba de las necesidades de su madre y sus dos hermanos lo mejor que podía. Una noche su madre murió. La mañana siguiente, Willie fue a decirme que él y los otros niños ahora estaban solos. Dios me habló y me dijo que debía intentar ocupar el lugar de la madre con estos niños. Llevé a Willie a mi casa. Pronto dio evidencia, a través de una vida cambiada y un claro testimonio, de que había nacido de nuevo.

Después de un tiempo, noté que Willie estaba débil y delgado. Finalmente descubrí que durante meses había estado ayunando y orando para ser santificado. También supe que estaba preocupado porque necesitaba hacer restitución. Le aseguré que era un proceso muy común para muchos. Le di un pedazo de papel y le dije que anotara todo lo que le molestaba. Durante varios días se acostó en el pasto bajo el sol y finalmente regresó con una larga lista de cosas sobre las que Dios le había estado hablando. La mayor parte de la lista incluía cosas que había robado en sus esfuerzos por

satisfacer las necesidades de su familia. Cada día Willie estaba más delgado y pálido, pero Dios lo ayudó a seguir adelante hasta que se deshizo de todo. Debió haber sido santificado entonces pero temía que la oscuridad pudiera volver, por lo que no se animaba a dar ese paso de fe.

Oré con Willie por muchas horas. Los misioneros y otros cristianos oraban con él. Pero todo parecía inútil. Él no deseaba creer. Comencé a ayunar y orar también.

Un domingo por la tarde, Dios me recordó lo que yo había decidido hacía mucho tiempo cuando un hombre me dijo que Dios no podía santificar a un africano como me había santificado a mí. Teníamos un alma lista para la purificación prometida. ¿Pondría a Dios a prueba? La esperanza surgió en mi corazón. Estaba decidida a hacer mi parte.

Esa noche convoqué a los cristianos a una reunión de oración. Les hablé sobre la fidelidad inmutable de Dios. Les dije que Dios me había hablado y que había venido preparada para esperar allí hasta que Dios concediera mi petición. Pregunté si había otro que tuviera una petición definitiva que deseara presentar ante Dios y si esperaría allí ante Dios hasta que se le concediera la solicitud. Willie levantó su mano. Le pregunté si esperaría allí hasta que saliera el sol por la mañana, si era necesario. Dijo que lo haría. Le pregunté si esperaría hasta que se pusiera el sol la noche siguiente. Dijo que lo haría. Le pregunté si esperaría allí hasta que saliera el sol por la mañana del siguiente día, si fuera necesario. Con mucho temblor, Willie prometió esperar hasta que Dios llegara y dijo que, mientras tanto, haría todo lo posible por cumplir con las condiciones. Se arrodilló en el centro del altar y yo en el extremo. Habíamos avanzado demasiado para dar marcha atrás y comenzamos a orar en serio.

No pasaron más de tres minutos cuando sentí que Dios estaba allí para santificar a Willie. Me puse de pie y dije: “Muéstrame tu mejor obra, Señor. Dijeron que no podías hacerlo. Marcará una gran diferencia en la forma que voy a predicar de aquí en adelante, Señor”.

Willie ahora estaba orando con fe, con sus pequeñas manos extendidas hacia Dios. La obra se había cumplido. Se levantó con un salto y luego se sentó en un banco durante largo rato, levantando las manos y riendo en silencio. Su rostro infantil estaba encendido con una luz celestial. Así como Dios me había santificado, también había santificado a Willie.

Por muchos años, Willie le dio a Dios casi cada centavo que ganaba. Ni siquiera compraba ropa para mantenerse adecuadamente cubierto. Fue un gran pescador de almas. Cuando los otros misioneros estaban en gira misionera y yo estaba sola en la misión, Willie era como mi mano derecha. Era un maestro eficiente y un predicador ungido, y ayudaba a mantener todos los motores y reparar las maquinarias. Años después, Willie se convirtió en un próspero hombre de negocios y construyó varias iglesias en África con su propio dinero. Willie fue el primer africano que vi ser santificado, pero gracias a Dios no fue el último. He visto decenas de africanos recibir la bendición prometida y llevar vidas transformadas.

Nota del editor: Willie Humphrey Young fue un poderoso embajador de Cristo en Suazilandia. Bien lo recordamos conduciendo su Plymouth Valiant por toda la nación, hablando en iglesias e instando a las personas a ser buenos administradores y dar a las misiones. Fue un inspirado orador sobre el diezmo y dio testi-

monio de la importancia de la oración. Él y su familia fueron un testimonio de la gracia de Dios y del legado de Louise Robinson Chapman.

La madre de Jake

La madre de Jake vivía sola en una pequeña cabaña en Sabie Nook. Estaba discapacitada y no había caminado por 11 años. Había gastado todo lo que tenía en médicos locales pero no encontró alivio. Un día, mientras visitaba los hogares de la gente, encontré a la madre de Jake. Me conmovió mucho su triste historia de dolor, hambre, soledad y tristeza. Mientras miraba su rostro amable, mas ahora profundamente marcado por el sufrimiento, estas palabras vinieron una y otra vez a mi mente: “Entonces el cojo saltará como un ciervo” (Isaías 35:6). Esa noche mientras oraba, definitivamente sentí que Dios quería salvar y sanar a mi nueva amiga.

Al día siguiente tomé una botella de aceite para ungir y fui de nuevo hasta el Nook. En el camino, el enemigo intentó decirme que ella no sanaría. Cuando traté de reforzar mi fe, el diablo dijo: “El que se pone la armadura no debe jactarse como quien se la quita”. Me detuve para orar y alentarme en el Señor, luego continué con mi tarea. La pobre mujer dijo que eligió a Cristo como su Salvador. La unguí y oré por su sanidad física.

Ese mediodía salí de Sabie en tren para una reunión de una semana en Suazilandia. Oré mucho por esa mujer esa semana y, cuando volví, fui a verla. Cuando cabalgaba por el valle y llegué al lugar donde seguiría el camino subiendo la colina, vi a alguien que salió de su choza y comenzó a caminar para encontrarme en el camino. Conforme nos acercábamos vi que la que venía cojeaba y yo me preguntaba quién sería. Entonces me di cuenta: era la madre de Jake.

Me dijo que después que la dejé, pensó: “Ahora, si el Señor me ha sanado, me levantaré y caminaré”. Se levantó y había estado caminando por su casa toda la semana. Se estaba preparando para hacer un viaje largo para ver a su gente, a quienes no había visto por muchos años.

Capítulo 5

Discipulando a nuevos cristianos

La vida cristiana era tan nueva para la mayoría de la gente que, a menudo, los misioneros teníamos que visitar las iglesias y explicar las enseñanzas bíblicas. Uno de los temas era el diezmo. Para entonces, la gente no tenía mucho dinero en efectivo y tenían que aprender a diezmar de sus cosechas y animales. Fuimos de zona en zona con sacos, latas, platos y tazas para mostrar cómo apartar el diezmo de sus productos agrícolas. Los nuevos cristianos aprendieron rápido cuando enseñábamos con lecciones prácticas.

Las iglesias designaron un domingo para que las personas trajeran sus diezmos de maíz. Otro domingo traían sus diezmos de calabazas, frutas y otros productos. Otro domingo traían diezmos de frijoles, cacahuates y cosas por el estilo. También había un día para diezmar de sus aves y animales.

Un día en Endzingeni recibimos todos los diezmos el mismo día. Fue un espectáculo impresionante: tres bueyes, tres cabras, 21 gallinas, más de 20 sacos de maíz, muchos sacos de cacahuates y frijoles, platos de todo tipo de alimentos, grandes cabezas de plátanos,

rollos de esteras de pasto, manojos de escobas de paja y cuerdas. Las ancianas que no tenían nada que diezmar recogían enormes bultos de leña del bosque y los traían sobre sus cabezas. Diezmos como éstos se vendían y el dinero se usaba como ayuda para apoyar al pastor de la iglesia local y pagar los presupuestos de la iglesia.

Un domingo leímos nuestra lección bíblica del libro de Malaquías. Varios dijeron cómo Dios los había bendecido y les había aumentado después de diezmar. Recalcamos la promesa de Dios de bendecir a todos los que llevaran el diezmo al alfolí. Les mostramos cómo medir el maíz y los frijoles en sacos, separando el diezmo.

Luego, una mujer se puso de pie en la parte posterior del edificio y dijo: “Quiero contarles, buenos maestros, mi historia. Mi predicador me contó que se debe pagar a Dios una parte de cada 10 partes. Solo tengo una gallina. Ella puso 10 huevos y nacieron nueve polluelos. Ahora tenía mi gallina roja y nueve pollitos, 10 en total. Cuando llegó el día para llevar nuestros diezmos, tomé uno de esos polluelos y se lo di a mi pastor. Cuando llegué a casa, descubrí que un animal había matado a los otros ocho polluelos. ¿Cómo explican eso?”

Los pastores y yo tratamos de consolarla y responder lo mejor que pudimos. Pero la gente hizo tantas preguntas que tomaron el resto del tiempo del servicio. Estábamos preocupados y parecía que todos estaban olvidando nuestra lección. Parecía que estos cristianos regresarían a casa y le contarían a su gente sobre los pollos muertos de la mujer que había dado su diezmo. Nuestro viaje había sido peor que en vano. Pero, justo cuando nos levantamos para despedirnos, la mujer tomó la palabra de nuevo.

“Hay un poco más que quiero decirles”, dijo. “Sí, tenía una gallina roja. Ella tuvo nueve polluelos. Crecieron rápido hasta ser

grandes. Solo uno de los polluelos no creció tanto como los demás. Estaba un poco enfermo. Cuando miré a mis pollos elegí el más grande y el mejor y le dije a mi corazón que debería tomar ese para el Señor. Pero mi corazón estaba dividido. Uno era un corazón grande y el otro pequeño. El corazoncito me dijo que sería mejor llevar el pollo pequeño. Decía: “Grande o pequeño, sería una décima parte. Si te quedas con el pollo grande, tendrás muchas gallinas grandes para darle a Dios el próximo año. El pastor solo comerá tu pollo. La carne es carne. La única diferencia es que no tendría tanta carne.

“Cuando llegó el día del diezmo, mi corazón pequeño venció a mi corazón grande. Llevé el pollo pequeño. Cuando regresé a casa, los otros estaban muertos. Aquellos de nuestro pueblo que no son cristianos siempre dan el buey más grande y mejor a los espíritus. Les damos lo mejor de todo lo que tenemos. El gran Espíritu de Dios me dio más descanso y alegría en el poco tiempo desde que lo escogí de lo que había experimentado antes. Sé que es una deshonra ofrecer al gran Dios ofrendas que temería ofrecer a los espíritus. De ahora en adelante le daré a Dios la mejor porción de lo que tengo”. Se había salvado el día. Por medio de su pequeña historia, esta mujer le enseñó a la congregación más de lo que podríamos haberles enseñado en una semana entera.

Los avivamientos en Suazilandia eran cortos pero intensos. Comenzaban el jueves y terminaban el domingo. Eran precedidos por mucha oración y ayuno, y los cristianos venían de las iglesias de alrededor para ayudar en las reuniones. Los primeros dos días se dedicaban a los cristianos para que recibieran avivamiento y bendición. Los últimos dos días se dedicaban a ganar a los que no eran salvos. Nunca había suficiente espacio para las multitudes

que llegaban; he visto hasta 300 personas amontonadas en el piso toda la noche.

Recuerdo una noche cuando tuvimos cientos de personas más de las que podían sentarse en el piso, aún al más apretado estilo suazi. Tocamos la campana para el servicio. Cuando comenzaron a entrar, les dije a todos que se pusieran de pie. Hice que la gente se congregara lo más cerca posible hasta que todos pudieron entrar. Entonces grité: “¡Siéntense!” Se sentaron rápidamente, sabiendo que no todos tendrían un asiento. ¡Fuertes carcajadas llenaron el cuarto! Los servicios fueron coronados con éxito, ya que los creyentes recibieron aliento y muchos inconversos encontraron a Cristo.

Creo que uno de los secretos de la bendición de Dios sobre la iglesia africana ha sido sus cabañas de oración. Estas cabañas se apartan para las personas que quieren un lugar para orar sin distracciones. Durante los 20 años que estuve en África, tuvimos una o más cabañas de oración en la mayoría de las misiones nazarenas.

Durante algunos años hubo periodos establecidos una vez a la semana, cuando cada persona en Endzingeni podía pasar tiempo en la cabaña de oración. En otras ocasiones, las muchachas podían usarla durante el día y los muchachos durante la noche. En otras ocasiones, a todos los que querían participar se les daba una hora para que, durante varias semanas, de día y de noche, alguien siempre estuviese orando en la cabaña de oración. Nadie se iba sino hasta que la siguiente persona llegaba. Muchas de las victorias que tuvimos en la iglesia y en el distrito fueron gracias a las cabañas de oración. Los misioneros también tenían su cabaña de oración, donde podían ir para dejar atrás sus penas y preocupaciones al pasar un tiempo a solas con Dios. Es imposible sobreestimar la bendición que estas cabañas de oración han sido para nuestra iglesia en África.

Son fuentes de poder que han deshecho las bandas de maldad y transformado las tinieblas en luz. La oración siempre ha sido la clave para la victoria.

Recuerdo un tiempo, durante los días más oscuros de la Gran Depresión, cuando el dinero era muy escaso y los pastores enfrentaron un período de cambio que nunca antes habían conocido. Debido a las malas cosechas, muchos estaban hambrientos. Los pastores creían que necesitaban dejar sus deberes designados por Dios y dedicarse a trabajos seculares para _____ suplir sus muchas necesidades. Debido a estas pruebas era fácil que un espíritu de desacuerdo se infiltrara y causara división entre los trabajadores, y entre los trabajadores y los misioneros. Por más que lo intentamos, cada nueva discusión solo _____ parecía ensanchar el abismo. Íbamos a cada nueva reunión con temor y temblor y salíamos sin haber progresado con una solución para nuestros problemas.

**La oración
siempre ha sido
la clave para la
victoria.**

Al final, después de mucha oración y esperar en Dios, envié un mensaje a todos los trabajadores del área de Pigg's Peak indicando que íbamos a ir a la iglesia en Helehele para tener tres días en oración y ayuno ante el Señor. Se invitó a todos los trabajadores. Podían asistir o quedarse en casa. Podían traer comida si lo deseaban, pero no se iba a poder cocinar en el lugar para nadie.

Ese jueves en la noche, unos 50 trabajadores, Fairy Chism, Irene Jester y yo nos reunimos en la pequeña iglesia de piedra en Helehele y comenzamos a esperar en Dios.

No progresamos mucho durante las primeras horas. Entonces el predicador Simón fue hacia el evangelista Salomón⁹ y sugirió que

los misioneros enviase sus posesiones al otro lado del río Jaboc para que nada les estorbara en la lucha.¹⁰ Entonces los misioneros se pusieron de pie, uno por uno, y confesaron las heridas y ofensas que los habían estado perturbando: críticas, rencores, palabras descuidadas que habían echado raíces en sus corazones, falta de amor y confianza que una vez sintieron por sus compañeros de trabajo. Tomamos un receso y en toda la iglesia y sus alrededores, los misioneros se reunieron en pequeños grupos y hablaron libremente, explicando y pidiendo perdón. Todos nos unimos para enviar todo al otro lado del río.

Finalmente, con caras sonrientes y corazones tranquilos, volvimos la atención a Dios en oración. Dios se encontró con nosotros de una manera maravillosa. El abismo desapareció. Las cargas financieras se redujeron a un tamaño que podíamos sobrellevar. Las altas montañas de penurias y miedo se redujeron hasta convertirse en un camino escarpado que un valiente soldado podía seguir. Oramos por nuestra parte del trabajo, por el distrito, por toda la iglesia y por proyectos especiales. Oramos por nombre por todos los hijos de los trabajadores. Tuvimos un servicio de sanidad y oramos por los enfermos que estaban con nosotros.

Algunos de los testimonios fueron sobresalientes. Un predicador había estado seguro de que iba a morir de hambre. Había escondido un poco de comida en el campo porque sentía vergüenza de llevar su comida a la estación. Tenía la intención de ir a comérsela justo antes de morir de hambre. Pero en el transcurso de la reunión de oración estuvo tan enfocado que ni una sola vez sintió hambre o sed.

Otro hombre, de cuerpo débil, había decidido quedarse en casa el jueves por la noche e ir a la reunión el viernes por la mañana. Su esposa había cocinado un pollo grande con muchas papas y

otros alimentos para fortalecerlo al menos por un día. Pero muy de madrugada se despertó de un sueño agitado diciendo: “Los soldados están en la batalla. ¿Por qué estoy escondido en casa como un cobarde?” Para consternación de su esposa se escabulló sin decir nada y dejó la carne y las papas en la olla. Caminó más de 25 kilómetros y se quedó para orar y clamar hasta el último minuto de la batalla.

Era pasada la medianoche del domingo cuando terminamos todo lo que teníamos que hacer. Aun a esa hora, la gente no se fue a dormir. Reían y hablaban mientras las mujeres preparaban los alimentos. Al amanecer disfrutaron de una buena comida. Luego se tomaron de la mano, entonaron una canción de batalla y se preguntaron: “¿Por qué no hicimos esto hace mucho tiempo?”

Recuerdo otro avivamiento en Enzulase. La predicación fue ungida por Dios y pasamos toda una noche en ayuno y oración. Pero cuando llegamos al último servicio, la iglesia no había sido bendecida ni los inconversos tocados. Sabíamos que Dios nos había guiado en la batalla y yo estaba segura de que Dios deseaba hacer algo por nosotros en ese último servicio. Le dije a la iglesia que comenzaríamos la reunión de nuevo. Tendríamos otra noche de oración y predicación y esperaríamos hasta que Dios bendijera a su pueblo.

Eso fue tan inusual que algunas personas se conmovieron y comenzaron a hablar. Por fin, una tímida niña se puso de pie y dijo que Dios le había estado hablando porque ella sabía por qué la iglesia no había sido bendecida, pero no había dicho nada. Cuando comenzó a hablar, otros se unieron y nos enteramos de que había una disputa que involucraba a la mayoría de los miembros de la iglesia. Unos incluso habían acusado a otros de practicar brujería.

Siguieron horas de conversación, una verdadera *indaba*.¹¹ Al final, las personas se pidieron perdón unas a otras y se reconciliaron. La mayoría de los miembros de la iglesia fueron al altar y se levantaron de ahí con caras sonrientes. Poco después, la atmósfera cambió por completo. Dios nos bendijo abundantemente y varias personas se pusieron de pie, levantaron sus manos y gritaron: “Yo elijo al Señor”. Nos alegramos de no habernos rendido después del primer golpe (2 Reyes 13:18-19).

Capítulo 6

Experiencias en África

Una tarde fui a visitar a un amigo que estaba en las últimas etapas de tuberculosis. Estaba acostado en una colchoneta sobre el seto que rodeaba su cabaña, y me senté sobre una bandeja junto a su cabeza. Poco después de llegar vi a través de una abertura en el cerco a dos hombres fuertes que caminaban hacia nosotros. Reconocí a uno. Era el adivino de nuestro vecindario--un hombre amistoso que usaba una bolsa llena de huesos y dientes para identificar a otros hechiceros que molestaban a la gente. El otro hombre, me enteré, era un médico brujo honorable y famoso llamado Mafuta. Los vecinos del enfermo creían que sufría bajo el hechizo de una bruja; aunque habían probado muchos remedios para combatir la brujería, la condición del hombre continuó empeorando. Los vecinos habían llamado a Mafuta para que lo ayudase.

Al acercarse a la cabaña, Mafuta se metió por la abertura del cerco como un animal enfurecido. Tenía puestas largas plumas en la cabeza, una hermosa piel de leopardo alrededor de su cintura y colas blancas de vaca alrededor de su cuello, brazos y rodillas.

Cuernos, bolsas y pequeñas calabazas llenas de medicina colgaban por todo su cuerpo. Dando un grito espeluznante saltó al aire, giró en círculos y agitó una larga cola de caballo negro sobre su cabeza. Las muchachas que habían venido conmigo salieron tan rápido que casi derribaron el cerco. Corrieron a casa con las manos sobre sus cabezas, gritando: “¡Maye, Babo, Maye, Babo!”¹²

En ese momento Mafuta dejó de girar, se detuvo ante mí, sonrió y dijo amablemente: “Te vemos, Hija del Rey”. Como no había reaccionado con miedo ante su apariencia había una nota de respeto en su voz.

A menudo, el conocimiento de un misionero sobre tratamientos médicos básicos parece magia para las personas rurales que no han tenido contacto con la medicina moderna. Un día en la misión, algunos cristianos se acercaron a mí y me dijeron: “Hay problemas en la casa del jefe Vilakati. Algo terrible le ha sucedido a su esposa favorita: su rostro está roto. Dicen que los fantasmas lo hicieron.

**Te vemos,
Hija del Rey.**

—Mafuta (médico brujo)

Han llamado a los médicos brujos, pero si nadie puede curarla, sospecharán que un hechicero está involucrado y alguien tendrá que morir. Creemos que elegirán a la madre de José, porque es la segunda favorita entre las esposas del jefe”. José era uno de nuestros cristianos y su madre también era muy amable con los cristianos. La posibilidad de que ella pudiese ser expulsada como bruja era un asunto serio.

Según la esposa del jefe, ella había estado cavando en el jardín. Como estaba un poco cansada, se apoyó en su azadón para descansar. Oyó un crujido en los arbustos cercanos y de repente un fantasma saltó, le dio una bofetada en la mejilla y le rompió la cara.

Entendimos que esto significaba que cuando se detuvo a descansar, una brisa agitó los arbustos. Bostezó con la brisa fresca, su mandíbula se salió de su posición normal y se dislocó. Al no saber cómo regresar la mandíbula a su posición normal, la pobre mujer quedó desfigurada y adolorida. No solo había quedado físicamente desfigurada, sino que al ser víctima de esos espíritus, estaba destinada a perder su lugar como la esposa favorita del jefe.

Le envié un mensaje al jefe diciéndole que si él podía traer a su esposa a la misión, yo intentaría ayudarla. Mandó la siguiente respuesta por medio de los mensajeros: “¿Esa mujer cree que sabe más que nuestros médicos brujos? Ni siquiera ellos pueden curar una cara que los fantasmas han abofeteado”. Así que no trajo a su esposa.

Unos días después, los cristianos regresaron y me instaron a visitar al Jefe Vilakati para ver si podía hacer algo. Así que ensillé mi mula, Coffee, tomé mi pequeño estuche de medicina y mi libro de medicina, y fui a la casa del jefe. No estaba segura de poder arreglar esa mandíbula; nunca había hecho algo así y tampoco había visto a un médico hacerlo. Sin embargo, había leído sobre el procedimiento en mi libro de medicina y no se veía muy difícil.

Cuando me acerqué a la casa del jefe, encontré a las mujeres acurrucadas de miedo. Todo trabajo en el hogar había cesado. El jefe y los hombres de la casa estaban afuera con el médico brujo preparando el ritual para encontrar a la bruja. Creían que si no encontraran a la bruja habría más problemas: enfermedades, malas cosechas e incluso la muerte de algunos miembros de la familia.

Les pregunté a las mujeres por la esposa afligida y silenciosamente señalaron hacia la cabaña. Me agaché, gateando con manos y rodillas para entrar por la puerta bajita. Mientras esperaba a que mis ojos se adaptaran a la semioscuridad de la cabaña sin ventanas

vi a la mujer sentada en el suelo con su cabeza y su cara cubiertas con un paño. Pregunté qué la afligía y ella hizo todo lo posible, con la desventaja de una mandíbula adolorida, para contarme la

**A partir de
estos primeros
encuentros
desesperados,
se formaron
relaciones
de eterna
importancia.**

historia de la bofetada del fantasma. Le pregunté si podía examinarla y ella estuvo de acuerdo. Coloqué un pedazo de algodón alrededor de mis pulgares, como lo indicaba el libro de medicina; puse mis pulgares sobre sus muelas posteriores y presioné con fuerza mientras empujaba la mandíbula hacia atrás. Quedé sorprendida cuando la mandíbula volvió a su lugar. La esposa estaba jubilosa con agradecimiento y palabras de alabanza, y las otras mujeres quedaron maravilladas

por su sanidad. Ahora que esa sombra se había levantado de la casa del jefe, les expliqué a los que estaban reunidos que, con práctica, podrían hacer lo mismo que yo había hecho.

Mi fama como “arregladora de huesos” se extendió y pronto me encontré con casos de dislocación muy difíciles, algunos de mucho tiempo. Sin embargo, pude ayudar a algunos y creo que todo fue utilizado para promover el evangelio.

Magodzi Vilakati

Conocimos a muchos de nuestros buenos trabajadores de la iglesia de esta manera: cuando el curandero no pudo curarlos de sus aflicciones y acudieron a los misioneros en busca de ayuda. A partir de estos primeros encuentros desesperados se formaron relaciones de eterna importancia.

Norman Magodzi Vilakati fue uno de estos casos. Era un pastorcillo y su padre no permitía que los cristianos predicaran en su finca. Un día una vaca enojada pisoteó a Magodzi, rasgando su boca y cara de forma grave. Las heridas de Magodzi se infectaron terriblemente. Cuando su familia no pudo hacer nada más para ayudarlo cubrieron su rostro con un trapo y lo trajeron a la misión. Su condición era terrible y tenía a su alrededor nubes de moscas grandes. Pero con la ayuda de Dios, el pequeño Magodzi se recuperó. Sus padres no le permitieron regresar a casa, no sea que el enemigo que lo había lastimado tanto lo encontrara y lo acabara por completo. Magodzi Vilakati era un niño brillante y Dios lo llamó a predicar y enseñar. Fue a Natal,¹³ obtuvo un certificado de maestro y se convirtió en uno de nuestros predicadores-maestros más exitosos.



Myrtle y Norman Magodzi Vilakati

Nota del editor: Magodzi Vilakati llegó a ser el director de la Escuela Secundaria Nazarena Siteki, donde los editores tuvieron el privilegio de trabajar con él. Luego fue designado para representar a la nación de Suazilandia como concejal en la Embajada de Suazilandia de Washington, D.C., EUA. Finalmente, estuvo a cargo de dicha embajada como diplomático. El presbítero Sam Smith, para entonces pastor de la Primera Iglesia del Nazareno de

Washington, D.C., dijo a los editores: “Es el mejor apoyo que tenemos; no solo viene a la iglesia con toda su familia, también trae a todos los niños del vecindario”. Magodzi y su esposa Myrtle (Sibandze) tuvieron hijos que llegaron a ser líderes en la iglesia. Dos han sido pastores laicos y otro, Samuel Sipho, sirvió como miembro de la Junta General de la Iglesia del Nazareno de 2013 a 2017. En un ensayo titulado, “De Pastorcillo a Diplomático”, Sipho resumió la vida de sus padres:

Las vidas de Norman y Myrtle son otro ejemplo de las bendiciones que provienen de la respuesta de los primeros misioneros de la Iglesia del Nazareno al llamado de Dios a venir a [este continente] lejos de sus hogares y la comodidad de su patria. Fue solo por la sublime gracia de Dios que, años después, un simple pastorcillo pudo representar a su país en la tierra de donde vinieron los misioneros que moldearon su vida: los Estados Unidos de América. Hasta el momento de su muerte habló con mucho cariño sobre la obra de los primeros misioneros.¹⁴

¡Otro testimonio de la vida y obra de Louise Robinson Chapman!

Mgwingi

Mgwingi también era pastorcillo. Un día vio una hermosa fruta madura en una rama alta y trepó para alcanzarla. La frágil rama se rompió y Mgwingi cayó sobre un gancho afilado que le causó una gran herida en el abdomen, de la cual se veían sus intestinos. Estuvo bajo el árbol por horas hasta que, finalmente, su padre lo

encontró. Después de unos días de consulta con un curandero, dieron a Mgwingi por muerto.

Nuestro alumno Willie encontró a Mgwingi y lo llevó a los pies del Señor. Todos los días, antes y después de la escuela, Willie caminaba los 11 o 12 kilómetros hasta la casa de Mgwingi, esperando siempre que el niño hubiera partido con Jesús. Una noche el Señor me habló sobre Mgwingi, así que fui con Willie para ver si podía hacer algo para ayudarlo.

Al acercarme a la casa pude oler un hedor terrible. La familia había sacado al niño afuera donde yacía al sol. Las moscas habían estado trabajando y su cuerpo estaba lleno de gusanos. Sentí que no le quedaba mucho tiempo de vida, pero le pregunté al padre si podía llevar al niño a casa conmigo. El padre dijo: “No puedo rechazar que te lleves un cuerpo a enterrar”. Regresamos a casa y enviamos a varios muchachos con una camilla improvisada para que trajeran a Mgwingi a la misión.

Lo limpié lo mejor que pude. El Dr. Hynd no podía dejar sus pacientes en el hospital, así que una enfermera, la Srita. [Dora Ann] Carpenter, vino a ayudar. Pusimos a Mgwingi sobre la mesa del comedor de las muchachas. El hermano Schmelzenbach y Willie oraron en la sala y todos los demás oraron afuera mientras la Srita. Carpenter y yo desinfectamos y suturamos la herida del niño. Hicimos todo lo que pudimos y Dios nos escuchó y obró a nuestro favor.

Durante varias semanas, Willie y yo nos turnamos para poder estar con Mgwingi en todo momento. Una noche Mgwingi me dijo que cuando se recuperara no regresaría a su hogar. Dios le había dicho que iba a ser predicador cuando creciera.

Mgwingi tuvo que enfrentar muchos obstáculos y pruebas, pero se mantuvo fiel a Dios y ahora vive con su pequeña familia en el

bushveld.¹⁵ El misionero allí dijo que Mgwingi es un buen pastor que tiene una influencia inusual sobre los que no son salvos.

Elizabeth Sibandze

Habían entregado a Elizabeth Sibandze a un hombre pagano, pero ella quería ser cristiana. Cuando estaba por llegar a la edad del matrimonio se escapó de casa y llegó a la Escuela de Niñas en Endzingeni. Aceptó a Dios y vivió una vida cristiana, pero era poco confiable y no muy capaz en su servicio cristiano. Por meses buscó tener un corazón limpio. Una noche durante la oración familiar, Sibandze fue santificada. Eligió el nombre cristiano de Elizabeth. Más tarde se casó con John, uno de nuestros predicadores, y se fueron a vivir a una de las misiones en la periferia.

Había una iglesia donde los miembros estaban desanimados y muchos habían dejado la fe. El templo estaba muy inclinado hacia un lado y a punto de caer y las chozas del pastor estaban viejas y tenían goteras. Sabía que ese lugar tenía gran potencial, así que les pedí a John y Elizabeth que fueran con su pequeña familia para tratar de salvarla. Después de la escuela, cabalgué 24 kilómetros bajo una lluvia torrencial para reunirme con ellos en su nuevo lugar de servicio. Era un día gris. Estábamos reunidos alrededor del pequeño fuego en una choza con goteras que servía de cocina, moviéndonos para empaparnos por la lluvia que entraba como riachuelos por el techo. Le pedimos a Dios que no permitiera que la iglesia cayera sobre los hombres que tenían que dormir allí.

A la mañana siguiente, mientras miraba la iglesia inclinada, las chozas en ruinas y todas las cosas desalentadoras alrededor, me reproché por pedirle a un hombre con familia que fuera a vivir a ese lugar. Elizabeth tenía problemas de salud y los niños estaban resfriados.

Sin embargo, comenzamos a construir. Por muchas semanas, la gente cargó piedras para las paredes de la iglesia. Cavamos arena de la ribera del río y la llevamos para cubrir las paredes. La gente también comenzó a construir un hogar para su pastor. Fue un proyecto largo y difícil. Cuando la gente se desanimaba y estaba a punto de darse por vencida, yo iba a trabajar unos días con ellos.

Un día, mientras cubríamos de barro las paredes de la casa pastoral formé un equipo de mujeres ancianas y niños y competimos contra las muchachas y las mujeres más jóvenes. Terminamos cubiertas de barro de pies a cabeza, pero la experiencia demostró ser el remedio que necesitaban. Los hombres que estaban a punto de dejar el proyecto regresaron para terminar los techos. En dos días hicimos más que lo que ellos en su desánimo hubieran hecho en dos semanas.

Pasó un año. Una hermosa tarde nuevamente cabalgue los 24 kilómetros sobre mi mula. Cuando pasé la curva de la carretera vi una bonita iglesia de piedra pintada con cemento y techada con hierro corrugado. Alrededor del patio había un cerco de piedras blancas que continuaba por un sendero bordeado de flores hacia la casa del pastor. La casa pastoral era una casa de adobe de dos habitaciones con un grupo de chozas en la parte de atrás. La casa estaba amueblada con muebles hechos en casa, camas, mesas, baúles y sillas. Todo estaba impecablemente limpio. De las paredes blanqueadas colgaban bonitos cuadros y muselinas bordadas y sin decolorar decoraban las camas y las mesas. Una comida sencilla estaba en la mesa para el misionero.

La mañana siguiente, la iglesia estaba tan llena de niños que algunas clases de la Escuela Dominical tuvieron que darse afuera. Hubo una gran multitud para el servicio de la mañana donde

asistieron muchos amigos no cristianos. La gente cantó, clamó y dio una ofrenda generosa. Hubo muchas bendiciones en la reunión y entre los que pasaron al altar.

Después del servicio revisé el registro de la escuela diurna: nunca habían asistido tantos niños. Mi corazón se llenó de gratitud por las cosas maravillosas que se habían logrado en un solo año. Llamé a Elizabeth y le dije cuán orgullosa estaba de ella y de John. Ella me dijo: “Hija del Rey, ¿te gustaría conocer el secreto de mi participación en este éxito?”

Elizabeth dijo que un día, cuando estaba enferma y abrumada, comenzó a sentir que ya no podía seguir. Luego, recordó que mientras era estudiante en Endzingeni Dios la había salvado y santificado en respuesta al clamor de su corazón. Ella estaba estudiando en la escuela cuando construimos el Hogar de Niñas, oró por avivamientos y tuvo respuestas maravillosas a la oración. Pensó: “Dios me ayudó allí. ¿No podría ayudarme aquí?” Una poderosa fe



El Honorable Barnabas Dlamini, primer ministro de Suazilandia; hijo de los pastores pioneros John y Elizabeth Dlamini.

surgió en su corazón. Tomó su abrigo como Eliseo (2 Reyes 2:14), lo dobló y golpeó las dificultades ante ella, gritando: “¿Dónde está el Dios Señor de Endzingeni?” Las aguas se separaron y descubrió que Dios la escuchaba cuando oraba sola de la misma forma que la había escuchado cuando oraba en la escuela con muchos otros.

Nota del editor: John y Elizabeth Dlamini fueron pastores el resto de sus vidas. Su hija, Amy

Joyce, llegó a ser jefa del personal de enfermería en el Hospital Nazareno y su hijo, Sibusiso Barnabas, fue ministro de finanzas y luego subdirector del Banco Mundial. Por más de 20 años ha servido como honorable primer ministro de la nación de Suazilandia. ¡El ministerio de Louise Robinson Chapman continúa bendiciendo a África!

Nunca me ha gustado despedirme. Pero cuando Dios me dijo que tenía que dejar África, sabía que tenía que hacerlo. Fue difícil dejar todos los lugares y las cosas que amaba de Endzingeni. Al montar sobre las colinas de la hermosa Suazilandia en mi mula, Coffee, supe que probablemente lo estaba haciendo por última vez. La maravillosa gente con la que viví y trabajé durante 20 años fue la causa de mi aflicción cuando tuve que despedirme; sentía que eran como mi propia familia. África se había convertido en mi hogar.

Cientos de personas llegaron a llorar a causa de mi partida. Uno de los jefes me dijo: “Adiós, Dulile¹⁶-desde hoy seremos huérfanos”. Y cuando uno de los pastores llegó vestido con pieles de leopardo y colas de vaca, con un hacha de guerra y lanzas, los otros me dieron un regalo: mi propio traje de guerrera. Me explicaron su significado: en la antigüedad, una vez que un guerrero se ponía estas prendas de combate, nunca se las quitaba sino hasta que obtenía la victoria. Mientras me daban el regalo, los pastores prometieron que nunca dejarían su cargo como líderes, excepto en la muerte o en la victoria de la venida del Señor.

Si tuviera que hacerlo todo de nuevo y si Dios me otorgara el gran privilegio, felizmente regresaría a África. ¡No conozco otro lugar en el mundo donde se puede servir mejor a Dios y a la humanidad que en el gran continente de África!

Capítulo 7

¡Grandes cosas ha hecho Él!

Chuck y Doris Gailey

Esta historia no termina cuando Louise Robinson Chapman tuvo que dejar África. ¡De ninguna manera! Dios ha bendecido a la iglesia en África casi más de lo que se puede imaginar. Actualmente, la Iglesia del Nazareno está establecida en 40 naciones del continente. La Iglesia se ha extendido desde el extremo sur del continente a lo largo de África occidental y oriental. Son 103 idiomas los que se usan en los servicios nazarenos de adoración todos los domingos. La membresía superó las 700 000 personas en 2017, ¡más de la membresía de los Estados Unidos/Canadá! ¡Dios ha hecho grandes cosas!

En 2018, las escuelas, clínicas e instituciones teológicas nazarenas se encuentran por todo el paisaje africano. Los colegios, universidades y seminarios nazarenos tienen más de 10 000 estudiantes inscritos. ¡Dios ha hecho grandes cosas!

El movimiento que los misioneros pioneros (como los Schmelzenbach, Louise Chapman, Fairy Chism y otros) iniciaron hace mucho tiempo está dando grandes frutos en el siglo XXI. El

movimiento actual sigue fiel al énfasis de la oración persistente de sus fundadores:

La iglesia en África es una iglesia que ora. Creemos que podemos confiar en Dios para que haga su voluntad a través de nosotros. Lo primero y más importante que debemos hacer es orar. Estas son las extraordinarias peticiones y temas de oración por las que nos gustaría que cada nazareno orara en favor de la Región de África:

- Que cada nazareno dependa solo de Dios
- Que cada nazareno sea un discípulo lleno del Espíritu
- Que cada nazareno sea un hacedor de discípulos con una carga real por los perdidos
- Que cada nazareno crea en la autoridad de la Palabra de Dios
- Que cada nazareno sea una persona extraordinaria de oración
- Que cada líder nazareno sea fiel a Dios, a su familia y a su iglesia
- Que cada líder nazareno produzca líderes que produzcan líderes que cambien el mundo
- Que cada pastor nazareno sea un ministro efectivo de la Palabra
- Que cada hogar nazareno sea un semillero de promotores de la santidad
- Que cada iglesia nazarena experimente un movimiento real del Espíritu Santo

Sitio Web de la Región África
Enero 2013

¿No suena esto como un resumen de la visión de Louise Robinson Chapman para África? El liderazgo fuerte y consagrado de los primeros misioneros africanos ha ejercido una influencia duradera en el desarrollo de grandes líderes. Un buen ejemplo es Filimao Chambo. El Dr. Chambo fue director de la Región de África hasta que, en junio de 2017, fue electo 42º superintendente general de la Iglesia del Nazareno. Nacido en una casa pastoral nazarena en Mozambique, educado en escuelas nazarenas y con un Ph.D. de la Universidad de Johannesburgo, el Dr. Chambo dijo cuando era director regional: “Debemos ser un movimiento de santidad facultado por Dios para llevar a los pueblos de África y más allá a ser verdaderos discípulos de Jesucristo”. Y continuó: “Esto es consistente con los objetivos regionales de 1) Avivamiento de santidad, 2) Evangelismo, 3) Discipulado y 4) Educación”. A lo largo del segundo continente más grande del mundo, ¡ministros y laicos están siguiendo esta visión!

Muchos nazarenos africanos también están bendiciendo al resto del mundo. E. V. Dlamini, de Suazilandia, fue uno de los primeros miembros de la Junta General global. Lawrence Mncina dirigió a grupos de cantantes que viajaban a las iglesias nazarenas en Suazilandia y más tarde fue embajador en los Estados Unidos. Y el 24 de abril de 2017, ¡la hija de E. V. Dlamini, Njabu, entregó sus credenciales al presidente de los Estados Unidos como la nueva embajadora de Suazilandia!

Durante una visita reciente a África, los editores encontraron que las iglesias estaban llenas y que se llevaban a cabo reuniones de oración nocturnas, a veces incluso en parques públicos. ¿No trae eso a la mente la vida y la visión de Louise Robinson Chapman? Ella y otros misioneros pioneros han dejado una herencia perdurable en este vasto continente.

La influencia de Louise continuó mucho después de que ella dejó Suazilandia. Se casó con el Superintendente General J. B. Chapman después de que su primera esposa falleciera. Fue electa presidente de la organización hoy conocida como Misiones Nazarenas Internacionales y viajó por todo el mundo predicando e inspirando a otros. El misionero John Cunningham testimonia que cuando tenía 10 años, Louise Robinson Chapman tocó su vida al orar con él en el altar en un servicio de avivamiento. Ella le dijo: “Joven, creo que Dios quiere que seas misionero en África”.

John la miró cara a cara y le dijo: “No, señora, no lo creo”.

Ella le respondió: “Bueno, ora por esto, y yo oraré contigo. Dios te guiará”.¹⁷

John se olvidó de esa conversación. Cuando finalmente recibió su llamado misionero, pensó que tal vez él y su esposa Sandy irían a Sudamérica o Asia. Pero cuando recibieron su asignación, ¡era para ir a África! Fue entonces que recordó las oraciones de la predicadora misionera de mucho tiempo atrás. Desde entonces, los Cunningham han dedicado sus vidas al servicio misionero.

Cuando Louise Robinson Chapman se jubiló se fue a vivir al Centro para Misioneros Jubilados Casa Robles, cerca de Los Ángeles, California, EUA. Los editores se reunieron con ella ahí durante sus últimos años. A los 92 años, su mente permanecía ágil e ingeniosa. De camino a la recepción en su silla de ruedas estaba muy emocionada cuando nos dijo: “Todavía puedo recordar lo que dijeron cuando se reunieron con la Junta General y los nombraron misioneros en 1963”. De hecho, ¡pudo decirlo palabra por palabra! Louise se entusiasmó tanto con nuestra conversación que, cuando llegó el momento de irnos, ¡se levantó de un salto, agarró las empuñaduras y empujó su silla por la acera! ¡Era una dama excepcional!

Cuando cumplió 100 años hubo una gran celebración para Louise. Muchos dignatarios estaban allí, incluso un superintendente general y otros líderes de la iglesia. Había cartas del presidente de los Estados Unidos y del gobernador de California. Muchas personas dieron discursos, celebrando las contribuciones de la Dra. Chapman a las misiones, a la iglesia general y a la comunidad. La iglesia de Suazilandia envió su propio emisario: la Pbro. Juliet Ndzimandze, hija del Pastor Solomon.¹⁸

Cuando llegó el momento para que la Pbro. Juliet hablara, comenzó a ondear la bandera de Suazilandia diciendo: “Madre Chapman, ¡te saludo con una bandera de Suazilandia en tu centenario!” Mientras lo hacía, la Dra. Chapman comenzó a llorar. Grandes lágrimas llenaron sus ojos y comenzaron a correr por aquel rostro que había resistido cien años.

La Pbro. Ndzimandze continuó con un maravilloso resumen del servicio de Louise en África:

¡Suazilandia te ama, madre nuestra! Le contaste a la gente sobre la salvación. Les contaste sobre la santificación. Les dijiste que “pagaran el precio total” por el avivamiento. Lo hicieron, el avivamiento llegó y continuó por años y se extendió a las iglesias vecinas. Recuerdo cuando llegaste a Helehele sobre un caballo y oraste con los trabajadores. Tú oraste con mi madre. Lo recuerdo muy claramente aún ahora. Tu cara y la cara de mi madre brillaban con la gloria del cielo. El cielo descendió y los fuegos del avivamiento se encendieron. Que tu manto de fe, tu manto de intercesión, tu manto de lucha... ¡oramos que tu manto caiga sobre nosotros!¹⁹

El manto de Louise Robinson Chapman ha caído sobre la iglesia en África. Incluso hoy, mientras escribimos esto, nos ha llegado un correo electrónico del pastor Thandie Gamedze de Suazilandia: “¡Alabado sea Dios! Hay avivamientos que están teniendo lugar... 35 personas pidieron perdón a Dios ayer. Estoy planeando pasar todo el día de mañana visitando a personas en sus casas. Dios planeó este avivamiento... ¡los campos están listos para la cosecha! Por favor, continúen recordándonos en oración.”

El manto de la oración, el compromiso y la obediencia han caído sobre África. El Dr. Chambo lo expresó bien cuando escribió: “Oramos para que el fuego purificador del Espíritu Santo arda profundamente en los corazones y vidas de nazarenos africanos, santificándonos y dándonos valor para seguir compartiendo el mensaje de santidad con nuestros vecinos cercanos y lejanos a pesar de obstáculos y dificultades”.²⁰



Juliet Ndzimandze ondeando la bandera de Suazilandia sobre Louise Chapman.

¡Con razón hubo un aumento de 29 794 miembros de la Iglesia del Nazareno en la Región África en 2017!

Harmon Schmelzenbach, el primer misionero nazareno en África, trabajó por tres años antes de que las dos primeras personas se convirtieran al cristianismo. Cuando se publicó la segunda edición de este libro en 1989, ya tenían 49 000 nazarenos. ¡Hoy, los nazarenos de África suman más de 700 000! ¡Dios ha hecho grandes cosas!

Dios todavía pide un fuerte compromiso, una oración persistente y una obediencia radical.

Los cristianos devotos de África viven así.

¿Lo estoy haciendo yo?

Ponlo en práctica

- Pregunte: “¿Cómo se compara mi vida de oración con la de Louise Robinson Chapman? ¿Qué pasos puedo dar para mejorar mi vida de oración?”
- Ore por las personas llamadas al servicio misionero para que tengan la valentía de decirle “sí” a Dios.
- Ore por su iglesia local, que el fuerte compromiso, la oración persistente y el servicio sacrificial caractericen a su congregación.
- Ore por los cristianos de África, algunos de los cuales enfrentan persecución. Ore para que tengan fuerzas.
- Dé generosamente al Fondo para la Evangelización Mundial para que la Iglesia del Nazareno sea dinámica, los misioneros puedan ser enviados a otras áreas del mundo y se lleve a cabo un avivamiento global.
- “Abra las ventanas de su alma” y pregúntele a Dios cómo puede usarle para cambiar el mundo.

NOTAS

- ¹ El idioma nacional de Suazilandia es siSwati. Sin embargo, en el tiempo en que este libro se escribió originalmente, el siSwati aún no era una lengua escrita, por lo que los misioneros estudiaban el idioma zulú vecino, que es muy similar y fácil de entender.
- ² Los editores tuvieron el privilegio de escuchar a Fairy Chism predicar en la lengua cuando regresó a Suazilandia después de haber estado ausente durante 20 años. Realmente era competente; de hecho, vino un avivamiento y el servicio duró varias horas más del tiempo programado.
- ³ Según la Comisión Económica de las Naciones Unidas para África, la población del continente africano era de 1 200 millones en 2016.
- ⁴ El distrito de Idaho-Oregon ahora se conoce como el distrito Intermountain.
- ⁵ Un redcap es un maletero (en una estación de ferrocarril).
- ⁶ El Transvaal fue una provincia de Sudáfrica desde 1910 hasta el final del apartheid en 1994, cuando una nueva constitución lo subdividió.
- ⁷ Un veld es un prado, especialmente en el sur de África, generalmente con arbustos o árboles dispersos.
- ⁸ No es raro que las personas en algunas culturas diezmen los cultivos o el ganado, porque no tienen dinero.
- ⁹ El Pbro. Solomon Ndzimandze fue el padre de Juliet Ndzimandze, una gran evangelista nazarena que predicó en toda África, Europa y los Estados Unidos. La historia de Julieta se cuenta en el libro *Hija de África* (NPH, 1998).
- ¹⁰ La terminología se refiere a la historia bíblica de Jacob luchando con Dios como se describe en Génesis 32:22-32.
- ¹¹ *Indaba* es una palabra de amplio alcance que puede significar discusión, una historia o un asunto importante.
- ¹² *Maye, Babo* es una expresión que transmite sorpresa o consternación. Es comparable a exclamaciones como “¡Válgame!” o “¡Ay!”

- ¹³ La Provincia de Natal, fue una provincia de Sudáfrica desde 1910 hasta 1994. En 1994, el bantustán de KwaZulu (un territorio reservado para los habitantes de raza negra) se reincorporó al territorio de Natal y la provincia se red denominó KwaZulu-Natal.
- ¹⁴ Samuel Sipho Vilakati, “Norman Magodzi Vilakati: De Pastorcillo a Diplomático”, documento inédito.
- ¹⁵ Una variación de la palabra veld.
- ¹⁶ Dulile era el nombre que los suazis le dieron a Louise Robinson Chapman. Al principio, hablaba con frecuencia sobre artículos caros, tratando de enseñarles cómo ahorrar. Luego ella les predicó sobre una experiencia profunda de gracia, obtenible solo a un gran precio. Dulile significa profundo, caro y costoso. Louise Chapman atesoró ese nombre hasta el fin de sus días.
- ¹⁷ Elaine Cunningham, *El niño que vivió en una iglesia*, Kansas City: Beacon Hill Press, 1999.
- ¹⁸ Ver el Capítulo 5, “Discipulando a nuevos cristianos”.
- ¹⁹ Chuck Gailey, *Hija de África*, (Kansas City: Nazarene Publishing House, 1998).
- ²⁰ “From the Desk of the Regional Director” (Del Escritorio del Director Regional), anteriormente en el sitio web de la Región África.